

LA RAÍZ CERVANTINA DE LA MODERNIDAD (DIÁLOGO Y ENCANTAMIENTO)

Roberto Sánchez Benítez

"Pues bien, ¿qué soy yo, ahora que supongo haber alguien extremadamente poderoso y, si es lícito decirlo así, maligno y astuto, que emplea todas sus fuerzas e industria en engañarme?"

Descartes, Meditaciones Metafísicas

Como se sabe, este año se conmemoran 400 años de la publicación de la primera parte de la obra inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra. Ya en sus también clásicas *Meditaciones del Quijote*, Ortega y Gasset se refiere a la forma en que debemos «situar» la obra; algo muy diferente a una cierta actitud científica en la que iríamos, como el cazador, tras la «presa». Más bien, se trata de que «en amplios giros, nuestros pensamientos y nuestras emociones han de irse estrechando lentamente, dando al aire como sonos de ideales trompetas» (Ortega y Gasset, 39). No otra cosa es lo que nos proponemos, de manera breve, y con el objeto de elucidar ciertas características de la raíz cervantina de la modernidad.

«El Quijote» representa la aparición del género de la novela en lengua española. Ello quiere decir que en ella encontramos las características que harán de este género literario una de las mejores expresiones de la modernidad. Para el caso de la cultura española, y la nuestra, en consecuencia, de trata de la máxima conquista del renacimiento. Tal novela será en verdad, tal como Carlos Fuentes interpreta la idea básica del género, «portadora de novedades». Encontraremos personajes que tendrán la función de explorar ciertas condiciones de la existencia humana a partir de lo que tiene de ambigüedad, contradicción, ensayo, indeterminación e incertidumbre. En particular, la novela de Cervantes será uno de los primeros ejemplos donde el perspectivismo, la relatividad de las opiniones y el diálogo serán actores de primer plano. Alguien como el norteamericano Harold Bloom ponderará tal importancia al considerar

que «El Quijote» nos enseña a dialogar; novela polifónica, de muy diversas voces para las cuales la comunicación es esencial y constructiva, algo muy diferente a los monólogos metafísicos de Shakespeare. El diálogo siempre será una confrontación con la otredad, con el semejante, con el que es como uno. Aquél con el que habremos de compartir el mundo a pesar de las diferencias de historia, lengua, cultura o raza. De esta manera, el mundo moderno será paulatinamente a la manera de la novela cervantina: abierto, inconcluso, excéntrico o multipolar, en redes de correspondencias inacabables.

En los primeros momentos de la novela, Don Quijote le reclama a Sancho el que hable demasiado: «y estás advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo: que en cuantos libros de caballería he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo» (Cervantes, 186).

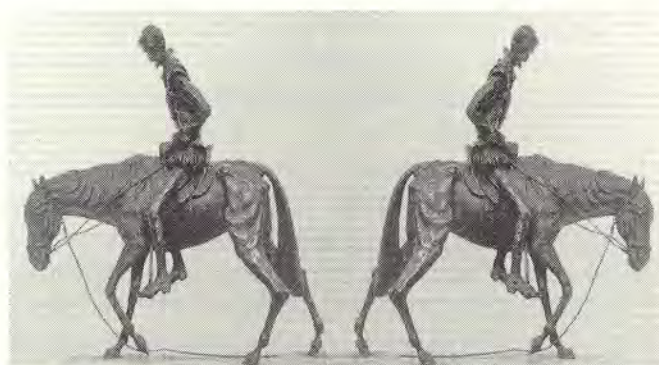


Pero además, quedará demostrado a lo largo de las sucesivas interpretaciones de las que ha sido y seguirá siendo objeto la novela cervantina, de que el gran diálogo que establece es con sus lectores. Mostrando el diálogo entre sus personajes, y después con nosotros, la novela se erige como modelo de comprensión humana y, si nos apuramos un poco, de sabiduría asimismo.

La novela de Cervantes nos enseña a dialogar y, con ello, a escucharnos y aprender unos de otros. El hecho de que no exista ya, en esta obra, un sólo punto de vista sobre la realidad, es suficiente para mostrar la necesidad del diálogo y de la comprensión de los hechos humanos, los cuales habrán de seguir una lógica diferente a la de los sucesos naturales. El diálogo auxiliado por la imaginación, las filiaciones morales de la caballería y las exigencias del género o del arte, habrán de mostrar, en efecto, aquello que no existe, lo que no se ve, y que también forma parte del mundo que vivimos. Sólo el lenguaje podrá dar consistencia a lo que sentimos, a nuestras afecciones, a los miedos, temores, rencores, lamentos, miserias, angustias, desilusiones. La palabra dirigida más hacia lo que somos que hacia lo que es; hacia la experiencia y lo que vivimos que hacia la realidad inamovible, disfrazada de apariencias perceptivas. Es el mundo del sujeto el que será arrancado del silencio para ser poblado por palabras, por sentidos, por ideales e ilusiones. Más una creación que algo existente.

En este sentido, los descabros del «caballero de la triste figura» revelarán la incompatibilidad del mundo interior y del externo. Algo se rompió desde entonces y dejó al alma humana mal parada en su interioridad, confusa, atónica, desbocada. Sólo puentes a manera de arco iris poéticos serán capaces de reestablecer la comunicación entre ambos mundos, ahora separados. Ambos mundos serán intraducibles el uno en el otro. La realidad moderna irá mostrándose paulatinamente como una desilusión progresiva hasta llegar a nuestro tiempo, caracterizado como una era de la angustia, la nada y el vacío. Si los molinos de viento no son gigantes, peor para los molinos. Si la que llevan ahí no es una virgen vestida de negro,

viva, raptada por unos curas ciegos, y en cambio es una imagen tan sólo, venerada, seguida en procesión, peor para esa fe que se convirtió en idolatría. Si a la que dedica su existencia Don Quijote no es Dulcinea del Toboso, peor para el amor.



De esta manera, la novela se presenta como también ejemplo del arte interpretativo: las cosas, los fenómenos del mundo ya no son lo que eran, con una esencia inmutable y bajo la cobertura de un discurso inamovible, epifánico; ahora su realidad dependerá de quien sea capaz de formularla desde muy diferentes ángulos. Siempre habrá extraños «encantadores», nos dice el Quijote, que estarán engañándonos, queriéndonos hacer entender cosas que no existen en la realidad, esa que ya no existe más que en la mente de algunos trasnochados locos que se preguntan por la locura de los que dicen que no están locos. A partir de la novela cervantina habremos de entender que los «monstruos», esos que Goya dibujará magistralmente, vivirán tanto en nuestro interior como fuera de nosotros bajo la forma de espejismos, del terror o la barbarie de los totalitarismo y la guerra; fantasmas que acosan a una realidad desencantada y perdida para el individuo quien sólo tendrá a sí mismo a partir de entonces. Pero, lo que también muestra esta extraordinaria novela es la aparición de la voluntad, de la libertad que tiene el personaje principal para tomar decisiones y emprender aventuras, única manera de conocer el mundo moderno, según lo enseñaron los descubrimientos científicos y los viajes interoceánicos, los descubrimientos de «nuevos mundos» que fueron entendidos, en parte, desde una visión utópica, como bien sabemos.

El será el único responsable de sus actos, asumiendo con bastante naturalidad las consecuencias de los mismos. Los personajes de la novela son seres modernos que pueden retomar lo que ha quedado, lo inconcluso, con la idea de que lo dejarán de la misma manera; levantarse ante los fracasos o las desilusiones; reinventarse con motivo de cada experiencia; ver cada día con la frescura del primer día del mundo, celebrar una existencia que ahora se antoja ilimitada. Pueden incluso, dejar de ser el día menos pensado, como cuando el Quijote, al final, decide ya no más salir al mundo. Personajes que son dueños de su situación y que comienzan a ejercer una libertad individual. A través de ellos la condición humana es puesta en «experimentación», tensándose en sus límites. La novela se sumará a los grandes ejemplos de la subjetividad moderna, aquella que comenzó contraponiéndose a la religión y buscando la necesidad de definir una ética de la heroicidad, del esfuerzo y la voluntad decidida.

Lo que vive el Quijote sólo tiene lugar en su imaginación, una nueva «prosa del mundo» ha comenzado a escribirse. Su equívoco abre el mundo moderno a un sujeto enclaustrado en su subjetividad, como lo sostendrá Hegel. El Quijote viene a testimoniar la ruptura de la relación entre las palabras y las cosas. El personaje vivirá a partir de quienes lo lean, esto es, comenzará a tener una realidad impredecible, abierta; narratividad sin sujeto. Es ahora, una invención del lector. Son otros los que le otorgarán existencia. El Quijote es el gran ausente: sólo puede aparecer en una extraña locura que lo sigue atando a un pasado inexistente, ya fantasmal. No se dio cuenta del momento en que las cosas cambiaron, en que se depositaron en un fondo oscuro, abandonadas por la luminosidad de las palabras. Es a partir de entonces que el lenguaje se convertirá en una tarea humanitaria, del rango del bien común, para hacer posible la existencia, el habitar el mundo de manera humana. Es un personaje que sólo existirá en nuestra imaginación, ya no en la realidad, la cual se habrá despojado de áurea fantástica.

El Quijote vive solo su fantasía caballeresca, separado de los demás que no la comparten, salvo Sancho que cree en ella por los beneficios materiales que pudiera reportarle esta extraña «fe», además de que en algún momento, capítulo X de la segunda parte, en donde parece haber aprendido de ella al querer hacer pasar a una aldeana por Dulcinea del Toboso, «juego» al que se resistirá Don Quijote¹.

Este personaje practica la profesión de «la caballería andante»; trata de convencernos de que la fantasía o la ilusión son verdaderas; de que es más interesante explorar lo que de verdadero tienen estas ilusiones que tienen, al menos, la cualidad de hacer nuestra vida más placentera, además de que contribuyen a la buena formación del carácter, los sentimientos y valores humanos. Don Quijote está convencido de que su ayuda podrá ser valiosa sobre todo a aquél que se muestra desvalido, desposeído, loco por amores convertido.



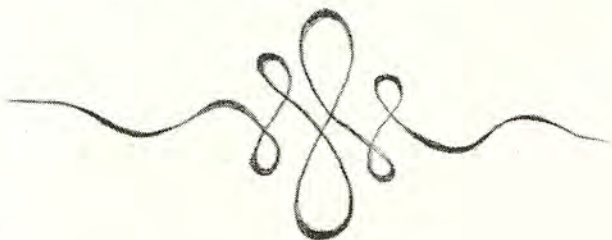
¹ Con estas palabras sabiondas Sancho la recibe: «Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura» (Cervantes, p. 619). Véase también, Erich Auerbach, *Mimesis*, México, FCE, 1950, pp. 314-324.

En el capítulo XXIV, de la primera parte, y dirigiéndose al caballero «el Roto de la Mala Figura», le dice: «Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas a todo género de consuelo, pensaba ayudaros a llorarla y plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela de ellas» (Cervantes, p. 222).

Quizá el problema no sea esta fantasía o imaginación vinculada todavía al pasado, sino el de una realidad que comienza a hacerse como tal, a definirse en los territorios conquistados a aquélla. El Quijote está, en verdad, combatiendo esta realidad que participa del desencanto y que será motivo de pesadillas y no de ilusiones; realidad que despoja al hombre de su derecho a soñar y tener esperanza. La invasión de la realidad, el arrinconamiento de la fantasía, la ilusión y los delirios, sobre todo amorosos, que son los que trastocan el destino de los seres humanos. Habría que preguntarse si esta imaginación es la misma que late en la formulación de los mitos más arcaicos, los fundacionales de los pueblos, creencias religiosas, supersticiones, magia y hechizos, mitologías, cosmogonías. ¿Fueron entonces estos pueblos, en algún sentido, quijotescos, creadores de una realidad imaginaria vital, indispensable para vivir? A la misma categoría pertenecerán las invenciones de los orígenes, así como las utopías, en las cuales se sueña, extremando la razón hasta lo imposible, un mejor futuro humano. ¿Son también, en consecuencia, delirios de la razón, desatinos, falsas historias improbables? Tal es el caso de lo que refiere Don Quijote en el «Discurso de la edad dorada», en donde los que en ella vivían «ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío» (Cervantes, p. 97), y donde además las palabras eran el reflejo cristalino del alma que las decía: «Entonces se declaraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos» (Cervantes, p. 99). Si bien, antes resultaban ser vivencias colectivas, ahora, en la modernidad, sólo queda la

solitaria sombra de quien esto padece: el encantamiento del mundo, individual y fragmentado. El mismo Don Quijote se declarará como quien está llamado a restaurar esta época en un tiempo de miserias, miedos y desvaríos: «—Sancho amigo, haz de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, o la dorada como suele llamarse. Yo soy aquél para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos» (Cervantes, p. 175).

La imaginación, involucrada en el gran arte, y muy al estilo aristotélico, habrá de mostrar la realidad no tal como es, sino como «habían de ser, para quedar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes» (Cervantes, p. 234). De aquí el que efectivamente las obras de fantasía no puedan ser comparadas con la realidad —ruptura del canon mimético—, ni muchos menos ser enjuiciadas por la misma. Los personajes de la obra son y no son los de la vida real, de la misma manera que Don Quijote se ha vuelto loco por tanta lectura, a la vez que es un hombre común, razonando de la misma manera en asuntos cotidianos, aunque no así en los que atañen a su fantasía. Es por ello que puede decir que «Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos» (Cervantes, p. 235). Don Quijote encontrará más fácil imitar a su héroe caballeresco en lo que pudo mostrar de prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor y, en cuanto se retiró, desdeñado por su amada, a hacer penitencia en un lugar solitario, y no tanto en las hazañas de «hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos» (Cervantes, p. 235).

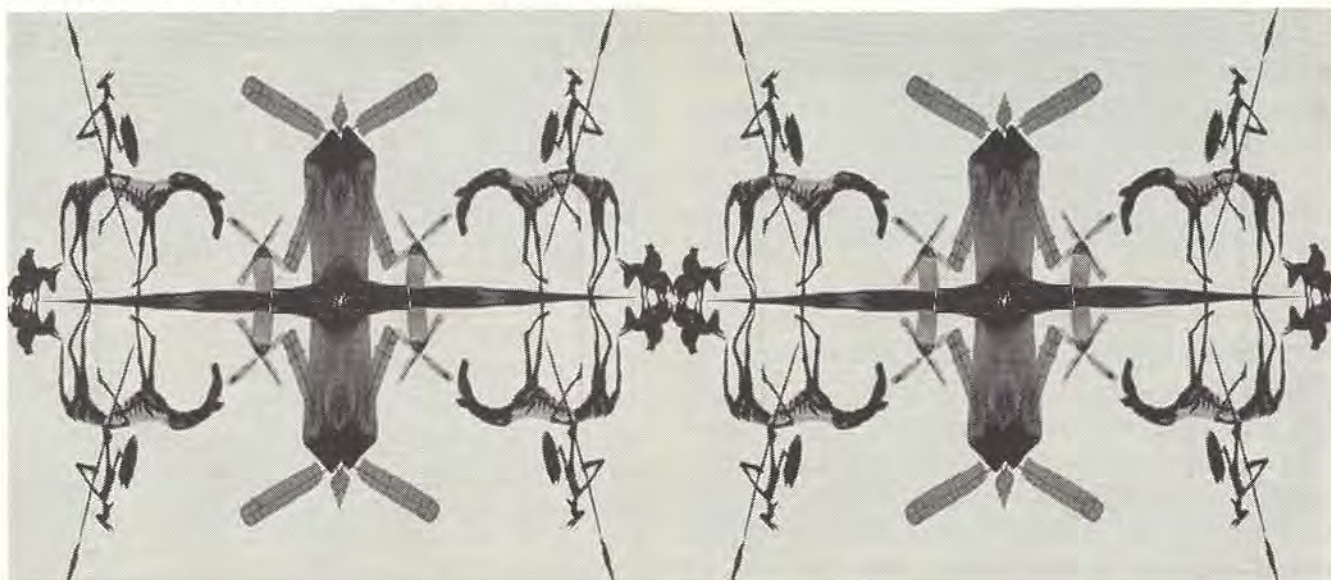


Si el Quijote ha llegado a ser lo que es, ha sido tanto en razón de lo que ha leído, puesto que entonces la palabra y la cosa eran una misma realidad, y de que todavía quedan demonios «encantadores» que le mantienen hechizado a él y a la realidad que vive. Tales encantadores son sus enemigos y es en realidad contra ellos que lucha a lo largo de una vida que es una obra de aventuras y experiencias. «Andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos; y, así, eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa.» (Cervantes, p. 237). Esta consideración habrá de mostrar el relativismo incipiente del mundo moderno. De manera contraria a Descartes, Cervantes no va a querer eliminar o condenar el perspectivismo sobre la realidad. Muy por el contrario, será uno de los fundamentos de la diversidad de sentidos que pueden serle conferidos, así como una de las explicaciones más contundentes de la actitud del Quijote.

La locura del Quijote habrá de ser entendida como la aparición del mundo del sentido múltiple. Es la locura de la indeterminación del sentido o del festival de la pluralidad de sentidos sobre lo real. Para cada uno de nosotros, la realidad puede ser entendida, mostrarse, de manera muy distinta. En otras, palabras, nada será ya igual. La diferencia, el

distanciamiento harán su aparición en un mundo que ya tiene tiempo no dejándose entender por las analogías o semejanzas. Lo cual, de cualquier manera, no conduce al restablecimiento de ningún tipo de esencialismo, aunque sí de convencionalismos. Habrá diversos pasajes o acciones de la novela en donde se verá confirmado este contecimiento clave; son aquellos que tienen que ver con una confusión, un equívoco; ahí donde existe una voluntad de engaño, de un malentendido, hasta un sueño y con frecuencia, se dará a entender que la misma pasión amorosa, aquello que también enloquece a los hombres, y los rebaja a ser poco más que animales, no es sino su expresión más refinada. Hacia una comprensión de la fatalidad humana, del agravio, de la imperfección e incertidumbre, como se ha indicado. Lo que vivirá Don Quijote no son «aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas» (Cervantes, p. 90).

El Quijote se propone ser un «desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas» (Cervantes, p. 522). Efectivamente, se encuentra en uno de los últimos momentos donde se creará que todo lo que se lee existe de alguna manera, y que lo que los libros de caballería dicen es tan sólo la manera más directa de mostrar una realidad que, de esta manera, queda identificada. Extraña combinación de realidad y fantasía,



de sucesos reales y otros exagerados, inventados para producir un efecto, fundamentalmente moral, en el lector. Tales libros hablan de la realidad, la nombran y desvelan en sus complicadas manifestaciones. Al final de cuentas, Don Quijote estará demostrando que la realidad puede ser una invención nuestra, en plena congruencia con los planteamientos renacentistas de un Pico della Mirándola. La realidad será lo que nosotros queramos que sea. Pero además, con la imaginación podremos estar «viendo lo que no se veía ni había» (Cervantes, p. 158), lo cual también existe. La imaginación es una forma de ver lo que no existe. Del mundo de los libros a los libros del mundo, tal como lo señala Hans Blumenberg.

Así es, el Quijote ha sido hechizado, engañado tal vez por el Dios al que Descartes le preguntaba por su identidad. Su terquedad imaginativa ha sido la puerta que nos ha permitido comprender los delirios de la razón que ya Goya ilustrara magistralmente: «El sueño de la razón produce monstruos». Cervantes, Velázquez, Descartes, Goya: ha llegado el momento de rescatar todas las modernidades sin condenar a ninguna de ellas. Como vemos, una de ellas tiene que ver con la historia de la cultura española, para mayor orgullo nuestro. No solamente hemos heredado los valores humanitarios y caballerescos del personaje cervantino (no solamente nos ha inventado en este sentido), tales como el honor, la fidelidad y el amor, sino que también hemos enfrentado los espejismos del progreso, ahí donde éste se ha convertido en sufrimiento y muerte, en terror y miseria, odio y guerra.

Bibliografía

- Cervantes, M. (1605). *Don Quijote de la Mancha*, México: Alfaguara. 1994.
- Descartes, R. *Meditaciones Metafísicas, con objeciones y respuestas*, Madrid: Alfaguara. 1977.
- Ortega y Gasset, J. (1925). *Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela*, México: Espasa/Calpe. 1994.

